



*J. Valles*

Publicado por Gaspar y Roig.

Litog<sup>a</sup> de F. Pérez y J. Donon.

VICTOR HUGO.

Ayuntamiento de Madrid







## MODAS DE PARIS.

DE SEÑORA. — Para señora describiremos en primer lugar una manteleta de bastante abrigo. Las delanteras de esta manteleta caen como el *alba* y son redondas por abajo; despues ahueca haciendo pliegues sobre el brazo y sigue por la espalda en forma de *schal*, tambien redonda. Toda la parte exterior está guarnecida de volantes; no tiene mas que uno en la delantera y dos sobre el circuito del hombro. Los volantes están guarnecidos con pasamanería de colores.

Tambien se hacen *polkas* de paño de seda y guarnecidas con pasamanería. El cuerpo se corta como el de los vestidos comunes, es decir, sin cuello y con las costuras de la espalda que lleguen hasta encima del hombro; tiene un pliegue en cada delantera, costados en armonía con estos y costuras á la amazona. Las delanteras son muy largas y redondas por la punta; tambien las hay que forman una especie de faldillas cuadradas y algo estrechas.

La capota *Quaqueresse* de satin rosa es un sencillo adorno para señoras de edad. A cada lado tiene dos adornos grandes, uno de satin rosa y otro de terciopelo labrado que se desprenden de otros adornos que rodean el casquete. En la copa tiene un lazo pequeño de satin rosa, atravesándolo otro de terciopelo labrado, tambien rosa. Las cintas y demas lazos, á la italiana, son de la misma tela.

DE CABALLERO. — Las telas de moda para pantalones son de un menudo rayado y lisas. El frac negro continúa en voga: el verde y demas mezclas por el estilo se usan para los fracs de montar; el azul para la hechura llamada *berryer*; pero se suprime el boton de metal por tener cierto *color* político. Las telas para chalecos varían mucho: las valencienes acolchadas, los terciopelos á listas satinadas, el terciopelo liso, los cachemires y valencienes bordados, los piqués, las escocesas y el labrado son las telas que están mas en moda. El cor-

te del chaleco es largo y en armonía con los *redingots* y fracs.

Los *paletot* y *twines* van ya decayendo. Los fracs son los que en la actualidad obtienen el sufragio general; los cortos y entallados se tienen por los mas elegantes; pero el frac redondo, á la inglesa, es el que lleva el sobrenombre de fantasía; no se abotonan, y esto hará que se abandonen durante la estacion del frio.

Las vueltas del *sobretudo* se llevan mas angostas que otras veces, á fin de que guarden armonía con el cuello; la figura del cuello es un poco convexa. Se debe aumentar el ancho del cuerpo por delante, á fin de que se pueda abotonar sin comprimir el pecho.

Trátase de ampliar algun tanto las faldillas del frac; en efecto, nada hay mas gracioso que las ondulaciones que hacen las faldillas, solo con darles una lijera amplitud en la parte delantera.

El frac y *redingote* se llevan muy cortos; el *paletot-redingote* sigue la misma marcha y no debe pasar del frac mas que algunos centímetros.

Los pantalones se llevan menos anchos de abajo que los que últimamente se usaron; es necesario que tengan tanto ancho en la parte superior del pie como en la inferior.

Los nuevos sombreros son todavía de pequeñas dimensiones, por no variarlos de repente; pero sin embargo, su forma es ya algo mas alta (cerca de nueve líneas) y las alas mas anchas y aplastadas. Los sombreros que acaban de aparecer tienen un pequeño relieve; sus dimensiones son: altura siete pulgadas y dos líneas; convexo de la copa, cinco líneas; alas, de veinte á veinte y dos líneas; el cintillo es de satin, con ribete ó cinta estrecha de una línea de alta, hebilla barnizada, y el galoncillo del ala muy estrecho; la badana blanca y barnizada para vestir, y negra para diario.

Para niña se usa el casquete de paño de una forma muy sencilla, gorros griegos y sombreros de ala ancha de color gris ó negro, segun la edad. Los botones de moda son forrados; los de seda gruesos, labrados, algo convexos y poco voluminosos, son los que mas se llevan.



## VICTOR HUGO.

## ARTÍCULO I.

Victor María Hugo nació en Besanzon el 26 de febrero de 1802. Su padre, Sigismundo Hugo, había sido uno de los que con mas entusiasmo habían abrazado la causa de la república, y se hallaba á la sazón de coronel en el ejército, mientras que por una de esas anomalías tan frecuentes durante las revoluciones, su madre, hija de un simple armador de Nantes, profesaba con todo el ardor de una muger las mas exaltadas simpatías hácia las ideas realistas: circunstancia que inclinó naturalmente al célebre poeta en sus primeros años del lado del antiguo orden de cosas de la vieja monarquía, hasta que despues, cediendo las afecciones mamas con la leche á la fuerza irresistible de las propias inspiraciones del corazon y del génio, fué á colocarse al frente de una escuela célebre que debia en literatura llevar el espíritu revolucionario y nivelador hasta un extremo inaudito. Nacido, pues, entre el estrépito marcial de las glorias del imperio, sus primeros años hubieron de deslizarse fecundos ya en todo género de emociones y como preparando la precocidad lirica de su alma de fuego.

Desde el Norte siguió al Mediodia la marcha triunfante de Napoleon, y como él mismo dice: «antes de vivir habia recorrido la Europa.» En efecto, á la corta edad de cinco años habia ya pasado desde su ciudad natal á la isla de Elba, de allí á París, y sucesivamente, atravesando toda la Italia, á Roma y Nápoles; regresando á Francia en 1809 en compañía de su madre y sus dos hermanos, Abel y Eugenio. Entonces fué cuando su educacion, bastante adelantada, comenzó á desarrollarse sobre bases mas sólidas, con el auxilio del estudio y la lectura, en el convento llamado de los Fuldenses. Crecia el niño, que bien pronto habia de merecer en una célebre publicacion ser distinguido con el epíteto de *sublime* (1), feliz y contento, col-

mado de las caricias maternas; y para que nada faltase á la apacible dulzura de la aurora de su vida, el amor, esa pasion cuyos goces reserva la naturaleza para la juventud, en el corazon de Victor germinó dulce y puro en la misma infancia, inspirado por una graciosa niña á quien mas tarde debia llamar esposa. Ella era la inseparable compañera de sus juegos por las tortuosas calles del jardín: para ella eran las flores mas frescas y olorosas. Sucedia con frecuencia que el cansancio rendia sus fuerzas, y entonces corria furtivamente á un pabellon solitario: allí le aguardaba un libro y un proscripto: el libro era *Tácito*, el proscripto el general Lahorie: comprometido en la causa de Moreau, y perseguido por la policía imperial, habia encontrado un asilo en casa de Mad. Hugo, en donde permaneció escondido durante dos años. El general distrajo los dias de su triste reclusion y pagó la hospitalidad, consagrándose enteramente á la educacion de su jóven amigo, á quien procuró inculcar el germen de aquel realismo que debia estallar en él mas tarde y cobrar nuevas fuerzas, cuando en 1811 vió arrancar á su maestro de sus brazos para sepultarlo en un calabozo, de donde no debia salir el infeliz sino para el cadalso.

Por este tiempo José Bonaparte, á quien su hermano Napoleon habia regalado una corona que le negaba la lealtad y valor de los españoles, habitaba el palacio de nuestros reyes: el padre de Victor Hugo, general á la sazón, era uno de sus mayordomos de semana, y á los pocos meses de la prision de Lahorie hizo que su esposa é hijos viniesen á reunírsele en Madrid. Bajo nuestro cielo, siempre azul y sereno, en nuestro pintoresco pais, rico en glorias y recuerdos, y agitado entonces con todos los furores de la guerra, recogió el poeta sus primeras impresiones. Acaso sean debidos á su permanencia en la Península el carácter fiero y atrevido de sus pensamientos, la valentía de su rima y la exhuberancia meridional de su imaginacion. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que á los diez años el demonio de la poesía se agitaba ya en aquella organizacion impresionable.

Despues de haber permanecido un año, en cla-

(1) Nota al *Conservateur littéraire*.



se de alumno, en el Seminario de Nobles de los padres jesuitas de esta villa, volvió á los Fuldenses hácia fines de 1812; época en que sobrevinieron con la primera restauración algunas desavenencias entre sus padres, que dieron por resultado, durante el último reinado de Napoleon, llamado de los Cien días, una separación simulada de ambos esposos, que concedió al general el derecho de llevar consigo á sus tres hijos, que hizo entrar en un colegio preparatorio de la escuela politécnica: allí Victor Hugo, estudiando con aprovechamiento, aunque sin afición, las matemáticas, por obedecer los deseos de su padre, se entregaba en los ratos de ocio á la poesía.

En 1816, á los catorce años, habia escrito ya una tragedia con sujeción á las reglas de los mejores preceptistas, que tituló *Irtamene*, y entre otras composiciones ligeras la *Parábola del rico y el pobre* y la tierna elegía de la *Canadiense*, que pueden figurar muy bien entre las que dió mas tarde á luz. Al siguiente año 1817 ofreció la ACADEMIA FRANCESA un premio al mejor poema «sobre las ventajas del estudio,» y el joven colegial no vaciló en probar sus fuerzas en tan imponente arena. La causa de no habérsele adjudicado el primer premio es el mejor elogio de su obra. Esta terminaba con los siguientes versos:

Yo, que de las cortes

Viví siempre alejado,

Y apenas de tres lustros

Al término he llegado.

El tono grave y sério de su disertación anunciaba por lo menos cinco lustros: la ACADEMIA, ofendida de los, para ella, supuestos quince años del autor, quiso castigarla, distinguiéndola solamente con la *mención honorífica*. Cuando el joven escritor, avisado por un amigo, corrió á demostrar la verdad de su última estrofa con la partida de bautismo, era demasiado tarde: el premio estaba adjudicado.

Dos años después, en 1819, cuando terminados sus estudios recavó de su padre el permiso para entregarse de lleno á su vocación literaria, remitió á la ACADEMIA DE JUEGOS FLORALES de To-

losa dos odas: *Las Virgenes de Verduñ* y *A la estatua de Enrique IV*, siendo coronadas las dos; y al año siguiente otra poesía, *Moisés en el Nilo*, considerada aun en el día como una de sus mejores composiciones líricas, que le valió el tercer premio y el grado de *maestro* en juegos florales. Desde este instante supo la Francia que poseía un nuevo poeta, y un poeta de diez y ocho años.

De 1820 á 1822 atraviesa Victor Hugo dos años, fecundos ya en luchas, en sinsabores, y en laureles y gloria al mismo tiempo.

Comienza á apuntar el período mas brillante de la restauración. Desterrada la anarquía renace la afición á las artes, á la bella literatura. Empieza á revelarse el gusto por la historia de la edad media, pero racional y mesurado, no fanático y desbordado como apareció después. De la literatura imperial, ampulosa, pero vacía, de principios de este siglo, solo quedan en pie dos monumentos: *Corina* y *René*. Mad. Stael y Chateaubriand figuran el puente que une la Europa literaria avant-revolucionaria y post-revolucionaria, por decirlo así. A este grito de una regeneración responden desde los ángulos opuestos de Europa Goethe, Walter Scot, Byron y Manzoni.—Delavigne ha publicado sus *Messenianas*; Laménais su *Ensayo*; Vigny su *Cinq-Mars*; Lamartine ha hecho brotar de su lira torrentes armoniosos de ternura. Victor Hugo ha oído sus acentos y les devuelve un eco. Abrumado por el dolor, porque ha perdido á su madre, es pobre y ama con delirio á la compañera de su infancia, á quien se le quiere arrebatar; el futuro Lutero del arte dramático rompe todos los obstáculos, y asombra al mundo con la impetuosa irrupción del volcan que hasta entonces rugía sordamente sofocado, comprimido. Aparece en primer término el tomo de *Odas y Baladas* (1822); poesía sembrada de hermosos versos, que rebosa el mas vehemente entusiasmo religioso y monárquico; epopeya de las tradiciones feudales, escrita con toda la fé de un cruzado, de un antiguo paladin. De allí á poco se ensayaba Victor Hugo en un nuevo género, en la novela, publicando años después el *Han de Islandia* y *Bug-Jargal*, produccio-



nes informes, monstruosas, si se quiere, pero que demostraron el temple de su imaginacion volcanizada, y hácia qué parte debia volverse la vista para encontrar el nuevo heresiarca que venia á socavar por sus cimientos las antiguas doctrinas. En estas dos novelas mostró bien á las claras nuestro poeta esa tendencia instintiva á colocar en lo moral la virtud junto al crimen, el mal junto al bien, y aun mas especialmente, su predileccion instintiva á describir con complacencia lo feo, lo repugnante, lo horroroso; aspecto sin duda bajo que puede considerarse la naturaleza; pero que nadie hasta él se habia atrevido á erigir en fuente única de un nuevo sistema dramático.

Por este tiempo habíase conquistado Hugo una posicion brillante, y fiel todavía á sus principios realistas, comenzó á escribir en el *Conservador literario*. Y aquí no podemos pasar en silencio el acto de generosidad que le valió un aumento en su bienestar material. Uno de sus amigos de la niñez, Mr. Delon, condenado á muerte de resultas de la conspiracion de Saumur, andaba fugado. Victor Hugo escribe á la madre del proscrito, ofreciéndola un asilo para su hijo en su modesta habitacion, añadiendo: «Soy demasiado realista para que nadie piense á venir á buscarle á mi casa.» Interceptada la carta y presentada á Luis XVIII, castigó este la lealtad del amigo, concediéndole la primera pension que vacase.

Pero á medida que Victor Hugo iba creciendo en años, el movimiento de los hombres y las cosas imprimian á su entendimiento y á su corazon un nuevo sello: en política, modificábanse sus convicciones, debilitábase su realismo; en literatura, lanzábase casi de lleno en el camino de la innovacion y de la reforma.

#### FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS DE PAGANINI.

Estando yo en Viena salí de mi casa una tarde, andando por las calles sin objeto ni direccion, divertido en mirar las caras rubicundas y cuadradas de los alemanes, cuando me sorprendió un terrible aguacero en

un arrabal algo distante de mi alojamiento, porque lo menos distaria media legua. Estaba yo solo, cosa que sucedia muy rara vez, y para volver á mi casa necesitaba un coche. Hice parar sucesivamente tres cabriolés; pero no entendiendo mi lengua los cocheros seguian su camino, rehusando abrirme la portezuela. La lluvia aumentaba cada vez mas, y ya iba perdiendo la paciencia cuando pasó el cuarto. El cochero me entendió esta vez y tuve el gusto de encontrarme con un compatriota, porque era italiano en cuerpo y alma. Al subir quise ajustar mi viajata:

—Cuánto me llevareis, le dije, por conducirme hasta mi casa?

—Cinco florines, me respondió; el precio que cuesta un billete de entrada para los conciertos de Paganini.

—Pero, maldito, le repliqué, cómo te atreves á pedir cinco florines por tan poco camino como el que tienes que hacer? Paganini toca el violin con una sola cuerda, pero tú no puedes hacer andar á tu carricoche con una sola rueda.

—Vamos, Caballero, que no es tan difícil como se piensa tocar con solo una cuerda; yo soy músico y hoy he doblado el precio de mis caminatas por ir á ver á ese señor que llaman Paganini.

No regateé mas, me metí en la berlina, y el cochero me llevó á mi casa con mucha conciencia, porque yo habia tardado mas de media hora para ir al arrabal, y él me condujo en menos de diez minutos. Saqué de mi bolsillo los cinco florines, y además un billete, diciéndole:

—Toma; hé aquí la suma que has pedido, y además un billete para oír á ese señor Paganini en el concierto que mañana debe dar en la Sala Filarmónica.

Efectivamente, al otro dia á las ocho de la noche, habiase aglomerado un gran gentío á las puertas de la sala donde yo iba á tocar. Acababa de pasar la puerta cuando un celador vino á llamarme diciendo, que á la entrada habia un hombre muy mal vestido y sucio que queria penetrar á viva fuerza. Seguí al celador, y me encontré al cochero de la víspera, que usando del derecho que yo le habia regalado pretendia entrar con su billete: decia á voz en grito que le habian regalado un asiento y que de ningun modo podian prohibirle la entrada. Yo quité todos los obstáculos que se oponian á sus deseos, y á pesar de su chaqueta y de sus zapatones sin lustre, hice que entrara mi buen hombre, creyendo seguramente que se perderia entre la multitud. Grande fué mi asombro al presentarme en la sala, viendo delante de mí al cochero, que producía una gran sensacion por el



contraste que ofrecían sus vestidos y toda su figura con las lindas caras y ricos aderezos de las señoras colocadas en los primeros asientos. Cada trozo que toqué fué aplaudido estrepitosamente, obteniendo un éxito brillantísimo; pero no lo era el que obtenía el hombre de la chaqueta. Daba estrepitosas palmadas y gritos descompasados en medio de mis solos, cuando todo el mundo escuchaba con el silencio más profundo. Sus ademanes, sus gritos, sus aplausos frenéticos distraían la atención universal, no menos que su traje, que era de los más burlescos.

El concierto se concluyó, y á Dios gracias sin ningún funesto resultado. Al otro día, cuando me fui á levantar, vinieron á decirme que un hombre quería hablarme sin decir su nombre. Como tardé algún tiempo en dar la respuesta, me ví entrar con suma franqueza hasta mi cama al mismo sugeto que tanta risa había escitado en mi concierto. Mi primer ímpetu fué el echarle á rodar por la escalera, pero observando la humildad con que me miraba, no tuve valor para hacerlo.

—¿Iá volo! qué quereis?...?

—Vengo á pedir un favor á su excelencia, me respondió; un favor muy grande. Soy padre de cuatro hijos, no tengo un pchavo, y soy vuestro compatriota. Su excelencia es rico, tiene una reputación sin igual, y por consiguiente puede hacer mi felicidad si le da la gana.

—Pero de qué modo?

—Dadme licencia para poner en grandes letras detras de mi carricoche estas palabras: «*Cabriole de Paganini.*»

—Haz lo que quieras, y llévete el diablo.

Este hombre no era tonto ni loco. En muy poco tiempo fué más conocido que yo en Viena. Con la inscripción que yo no le había prohibido que pusiera, hizo una fortuna considerable. Cuando volví á esta ciudad dos años después, el cochero había comprado con el producto de sus viajatas la fonda donde yo me había hospedado; en dos años había subido su fortuna á cien mil francos, y había vendido el cabriolé en cincuenta mil á un lord inglés.

(Cisne.)

### LOS SENTIDOS.

Goza la vista afanosa

En el dilatado espacio,

Tras la aurora que graciosa

Entre nubes de topacio

Se presenta:

Tras la inmensa mar bravía

Donde al son del huracán

La tormenta

Las olas desgarran impía

Que á estrellarse al cielo van.

Goza al ver las flores bellas

Que da el prado delicioso,

Donde jugando con ellas

Vaga el céfiro amoroso.

Do, inconstante,

Tiende sus pintadas alas

La mariposa gentil:

Do elegante

Hace alarde de sus galas

Y de sus gracias abril.

Arróbase el pensamiento

Cuando halagan el oído

De la lisonja el acento,

De la música el sonido:

De las aves

Los trinos con que sensibles

Se juran eterno amor:

Los suaves,

Armoniosos y apacibles

Cánticos del ruiseñor.

Esparte su aroma en tanto

Purificando el ambiente

El orgulloso amaranto

Que luce su roja frente

Entre hermosas

Y encarnadas clavelinas

Y guirnaldas de jazmin;

Entre rosas

Y entre mil flores divinas

Que se ven brotar sin fin.

Y las auras que se estienden

Y hasta el mismo sol se elevan

Y balsámicas trascienden;

Por do quier alegres llevan

La sustancia,

Los agradables olores

De las plantas del vergel;

La fragancia

Y el perfume de las flores

Brindando al alma con él.



En la tapizada alfombra  
Que de esmeraldas parece,  
Y del ramaje á la sombra  
Que blando airecillo mece,  
Complacido  
Sacia en sabrosos manjares  
El hombre su paladar;  
Y embebido,  
Esquivando sus pesares,  
No mas piensa que en gozar.

Las tersas botellas mira  
Y las blancas copas busca  
Y entre vapores respira,  
Y al fin su mente se ofusca;

Pero ansioso  
No le cansa la dulzura  
Del Málaga y el Jerez.

Y afanoso  
Otra y otra copa apura,  
Una y otra y otra vez.

Abre el avaro opulento  
Las arcas de su tesoro,  
Y cien veces y otras ciento  
Busca las medallas de oro,  
Que guardadas  
Donde ni penetrá el día  
Con fuertes hierros están:  
Y engolfadas  
Sus manos allí á porfia  
No se sacian en su afán.

Cada cual de sus sentidos  
Goce, pues, á su deseo,  
Que yo en uno solo unidos  
Todos mis placeres veo:  
Mi esperanza,  
Mis ilusiones, mi vida,  
Mi felicidad mayor;  
Que no alcanza  
Ni otra dicha hay parecida  
A las dichas del amor.

Blanca flor, pura y hermosa,  
O del claro sol destello,  
Del Eden huri graciosa,  
O de Dios arcángel bello,

Me estasia,  
Me arrebatá, me enloquece,  
Me fascina una muger:  
Y de día  
Y de noche el fuego crece,  
Y ella es siempre mi placer.

Fijo en los suyos mis ojos  
Con ardiente desvarío,  
Y en sus frescos lábios rojos  
Clavo luego el labio mio:

Y su aliento  
Mil y mil veces respiro  
Y no sé lo que es de mí:

Y su acento  
Ahogado en un suspiro  
Aumenta mi frenesí.

O en su seno nacarado,  
Aspirando su ambrosía,  
Blandamente reclinado,  
Y su mano entre la mia,

La contemplo,  
Y el alma al cielo se eleva  
Con delirante ilusion:  
Y á su templo

El dios Cupido me lleva  
Y en él pierdo la razon.

Goce pues, á su deseo,  
Cada cual de sus sentidos,  
Que yo solo en ella veo  
Todos los goces unidos.

Solo un beso,  
La menor de sus caricias  
Son mi ventura mayor.

Mi embeleso,  
Mis encantos, mis delicias,  
Porque es la vida el amor.

MANUEL AZCUTIA.

## UN ENGAÑO.

El caballero fingió no advertir la malicia de esta reflexión, y sonrióse de una manera diabólica, como hombre que entreve el buen éxito de un proyecto ruin.



—Monteamor — dijo despues de un corto silencio —  
amas á esa jóven tan bella y tan noble que acabas de  
ver?

—Puede ser, respondió el estudiante sin cortarse.

—Pues bien, si la quieres te la doy.

—Vos!

—Yo.

—Cómo?

—Qué te importa? ella será tu muger, si consigues  
que te ame, y..... si me obedeces.

—Respecto á lo primero haré cuanto esté de mi parte;  
pero respecto á lo segundo..... qué tengo que hacer?

—Escucha, Monteamor, el pobre estudiante aleman  
no puede pisar el suelo del castillo de L' Haumont, y mu-  
cho menos aproximarse á la bella Diana. Yo, baron de  
Tervis, te introduzco, y te hago duque..... ó príncipe  
de..... de cualquier cosa..... inventaremos un nombre.  
Tu jovialidad, tu hermosura germánica y tu estravagan-  
cia harán el resto, y Diana será tu muger.

—Oh! vos me haceis príncipe..... y con qué objeto?

—Con el de desposarte con la que amas. Diana tiene  
un gran dote en señoríos, es jóven y bella, y esto creo  
valga la pena de ensayar todos los medios que estén á  
nuestro alcance para conseguirlo. Me parece que no  
puedo hacer mas por tí.

—Y por qué quereis darme tan gran tesoro?

—Este es mi secreto; tú lo sabrás despues. Decídet.

—Y si se frustra el negocio?

—Si se frustrase, te quedarás como antes.

Monteamor reflexionó un momento, despues levan-  
tó la cabeza, echó con desenfado sus blóndos cabellos  
hácia atrás, y dijo con voz firme:

—Acepto.

—De veras?.... Y llegarás hasta el fin?

—Hasta el fin.

—Ah! no obstante, por tu lealtad te quiero preve-  
nir. Diana es muy orgullosa, su tutor la quiere con el  
cariño de un padre, y si antes del casamiento descubre  
la impostura, irá por tí á la horca.

—En cuanto á este punto no temais nada: estad segu-  
ro que no se descubrirá.

—Despues es muy diferente, lo mas que puede ser es  
ir á la Bastilla.

—Retrocedéis por tan poco?

—Eres un valiente mozo, atrevido como.....

—Como un caballero..... ó como un pilla.

—Pues bien, el título ha de ser mas elevado que el  
mio. A propósito ¿cómo te llamaremos?

—Príncipe de..... Sajonia ó de Hessé, como mejor  
os parezca, porque cuando se eligen títulos, mientras  
mas altos mejor.....

—Quedamos convenidos, no hay mas que hablar.

## II.

Aquella misma noche los huéspedes y vecinos del  
conde del Haumont de Berr se hallaban reunidos en un  
vasto salon, donde presidia la bella Diana, vestida con  
suma elegancia y coquetería; en medio del brillo de las  
riquezas y de los homenajes tiernos y respetuosos, pa-  
recia abrumada de una triste melancolía que la domina-  
ba completamente: su espíritu estaba como fatigado de  
las insulsas lisonjas que continuamente la dirigian sus or-  
dinarios cortesanos. Su corazon yacía sumergido en un  
sueño profundo, y su vista divagaba incierta por toda la  
brillante concurrencia, sin encontrar un solo amador  
que mereciera fijarla.

Un concurrente faltaba todavía en la reunion, y ya  
el conde, inclinándose con impaciencia hácia su sobri-  
na, la decia lleno de sentimiento:

—Ya es indudable que ese pobre baron de Tervis  
está algo resentido de tus rigores, y tal vez huye de tí  
para consolarse.

—Fácil es eso, querido tio; respondió Diana con in-  
diferencia; pronto se le quitará el mal humor.

En este momento se abrió una puerta, y un criado  
anunció:

—El señor baron de Tervis. Monseñor el príncipe de  
Hessé.

Hubo general movimiento en el salon, y todas las  
miradas se fijaron en el que decoraban con el título de  
príncipe.

El baron entró, seguido de su compañero, que  
marchaba con toda la elegancia y finura de un jóven de  
alto rango: vestia con soltura un rico trage de etiqueta.

Parecia Monteamor, ó lo que es lo mismo el prínci-  
pe de Hessé, un príncipe realmente.

Acercose el baron al conde, é inclinándose respe-  
tuosamente ante Diana, dijo:

—El señor conde y su bella sobrina se dignarán per-  
mitirme les presente el príncipe de Hessé, que viene á  
Francia á estudiar nuestras costumbres. S. A. R. con-  
siderará como un agüero feliz, sin duda, el comenzar  
á conocer la Francia por el mas valiente servidor del  
rey, y por la dama mas bella de la corte.

—Mucho me honrais, querido Tervis; mas... qui-



siera tener el alto honor de que el príncipe no limitase demasiado el tiempo que se digne consagrarnos.

— Y yo, señor conde, replicó el príncipe, haciendo una reverente cortesía, encuentro tanta amabilidad y tan grata acogida en la primera ocasión que se me ha presentado, que no haré muchos esfuerzos, lo confieso, para buscar otra mejor, y olvidaré que la Francia es grande, solo por tener la satisfacción de permanecer algún tiempo en vuestra compañía.

— Barón de Tervis, repuso el conde, os agradezco infinito esta presentación, y me felicito en extremo de que la casualidad haya conducido al príncipe á nuestro país.

(Continuará.)

### ORIGEN DE ALGUNAS FLORES.

El clavel procede de Italia.—La flor de lis, de la Siria.—La reina Margarita, de la China.—El tulipán, del Asia.—El laurel, de la isla de Creta.—El jazmín, de la India.—La acacia, de Berbería.—La tuberosa, de Ceilan.—El narciso, de Italia.—El geranio, del Cabo de Buena-Esperanza.—La hortensia, de la China.—El heliotropo, del Perú.—El tornasol, de Francia.—El jacinto, de Turquía.—La lila, de las Indias.—El mirto, de Asia.—La sensitiva, de América.—La anémona, de las Indias.—La balsamina, de idem.—La siempreviva, de Oriente.—La digital, de Francia.—La seringa, de Provenza.—La rosa ordinaria, de Europa.—La de cien hojas, del Cáucaso.—La parietaria, de Persia.—La llamada de las cuatro estaciones, de Damasco.—La moscada, de Africa.

### ORIGEN DE ALGUNAS FRUTAS.

El albaricoque, de Armenia.—El melocoton, de Persia.—La uva, del Asia.—La pera, de Francia.—Las ciruelas, de Siria.—El membrillo, del Asia.—Las castañas, de la Lidia.—Las cerezas, del Asia menor.—El almendro, de la Mauritania.—El manzano, de Francia.—Las ananas, de América.—Las frambuesas, de Francia.—Las moras, de Asia.—Los limones, de Egipto.—Las naranjas, de la India.—Las granadas, de Asia.—Las avellanas, de idem.—Los higos, de Mesopotamia.—Las nueces, del Asia; y el melón, de Africa.

### REVISTA DE TEATROS

**Circo.** Al fin ha sido puesta en escena *Lucrecia Borggia*, en la que ha hecho su primera salida el señor *Mirall*, bajo absoluto de la compañía, y en el sentir de muchos, de grande mérito. Nosotros, cautos siempre al juzgar de un nuevo artista, creemos que no basta la *Lucrecia* para formar una idea exacta del señor *Mirall*. Desempeñó bien su parte del duque Alfonso de Ferrara, pero en cambio de este corto papel, los demás cantantes dejaron al público tan poco satisfecho como tienen de costumbre.

Solo la orquesta es la que se oye siempre con gusto.

Está visto que el teatro del Circo con la poca variedad de funciones y los artistas de dotes muy comunes que continuamente nos pone en escena, trata de enagenarse la predilección que siempre conseguía. ¡Ojalá que esta indiferencia hacia el teatro del Circo refluyese en beneficio de los otros nacionales !!...

### VARIEDADES.

La única novedad que ofreció este teatro en la anterior semana, fué una función extraordinaria en la que cantó algunas piezas don José Aznar; su voz es bastante regular y no le faltó método, pero quiso ejecutar una de *Nabuco* y en ella naufragó, como era natural, pues despertó recuerdos que dieron lugar á comparaciones cuyos resultados le fueron poco satisfactorios.—También se pusieron en escena la tragedia *Sancho Ortiz* y la comedia *García del Castañar*; la ejecución de ambas composiciones fué bastante igual, distinguiéndose en ella la señora Rizo y el señor Alva. Notamos con gusto que este artista va corrigiéndose de un cierto tonillo que desagradaba y no le permitía sacar todas las ventajas de que son susceptibles sus buenas disposiciones.—A beneficio de las víctimas del huracán sufrido en la Habana, se representó el lunes último la comedia en verso, original de nuestro amigo don Pedro Calvo Asensio, titulada *Valentina Valentona*, la concurrencia no fué numerosa pero sí muy escogida, la que quedó satisfecha porque los actores procuraron esmerarse para complacerla. Como la función estaba dedicada á un objeto tan filantrópico, todos aquellos renunciaron el sueldo que les correspondía en dicho día, y la empresa no menos generosa satisfizo los gastos que se ocasionaron, de modo que quedó á beneficio de las desgraciadas víctimas del huracán, el total íntegro que produjo el teatro en la citada noche.